

LETRAS

letrillas

LETRONES

CIUDAD

Del procedimiento para bautizar grandes puentes

En días pasados me encontré con un anuncio del Gobierno del Distrito Federal intitulado “Razones para sentir orgullo por la capital”. Como soy chilango de hueso colorado (y garganta y ojos irritados), me dispuse a leerlo *ipso facto*, más rápido de lo que se tarda hoy en llegar de Las Águilas a Santa Fe.

Ruego a ustedes que me acompañen por los puentes y distribuidores viales de la prosa orgullosa del GDF.

El texto comienza así: “Los tres grandes puentes de la avenida de los poetas [o sea: la Avenida de los Poetas] en Santa Fe, inaugurados el pasado domingo 26 de septiembre, son una muestra de que cuando la iniciativa privada, el sector público y la sociedad unen sus fuerzas[,] se logran grandes obras.” Uno de inmediato se pregunta:

¿cuándo y cómo fue que La Sociedad como tal se unió para construir esos puentes gigantes que son una de las primeras maravillas del siglo XXI? A mí, que amo mi ciudad como Pedro Infante a Chachita, me habría encantado unir-me y poner unos granitos de arena —o cucuruchos de cemento— para esta obra magna. ¿O tal vez sólo la sociedad domiciliada en Santa Fe y Las Águilas tuvo la oportunidad de unirse?

El gallardo anuncio prosigue de esta manera: “La inversión de 900 millones de pesos, [coma] hizo posible la construcción de los puentes ‘Octavio Paz’, ‘Carlos Pellicer’, con una altura de 70 metros, el más alto del Distrito Federal, y ‘Jaime Sabines’.” Si yo hubiera redactado estas líneas, habría puesto el nombre del ‘Carlos Pellicer’ y los datos de la altura al final de la oración, pero el GDF quizá piensa que este vate —por ser tabasqueño como nuestro jefe de gobierno— merecía ser el poeta más alto del ilustre trío, y en imaginario temple-te olímpico lo colocó en el lugar central

y más elevado de los galardonados.

Por lo demás, el comunicado triunfal continúa con estas palabras: “Estas obras benefician a un millón de habitantes de Cuajimalpa y Álvaro Obregón; reducen tiempo de traslado y emisión de contaminantes; permiten, además, la rehabilitación y preservación de 210 mil metros cuadrados de la zona.” Estas noticias me llenan de alegría (y orgullo, faltaba más), y quizá sea un poquito quisquilloso de mi parte el querer preguntarle al GDF si esos 210 mil metros cuadrados son de bosques, de arroyos, de concreto o de oficinas y hogares, aunque desde luego me parece muy bien que los preserven. ¿Qué tal si se nos pierden?

Enseguida, el texto dictamina, con nulo *sequitur* pero pingüe vigor: “En la Capital [con mayúscula], el Gobierno [con mayúscula] de Andrés Manuel López Obrador, [coma] cree en los empresarios que trabajan y apuestan por México; porque [sí, porque] promover el desarrollo y fomentar la participación de la sociedad es un principio.”

¿Un principio a secas? Para andar inaugurando una tan larguísima como elevadísima Avenida de los Poetas, se antoja que falta aquí, si no una metáfora, sí un calificativo; o hasta dos. Por ejemplo, si el señor López Obrador todavía fuera priista, no cabría duda que a la hermosa palabra principio (yo tengo principios, tú tienes principios, ellos no tienen principios, etc.) debería agregarse: “revolucionario y nacionalista”; y si el PRD todavía fuera de izquierda, me imagino que el principio de marras sería “nacionalista y revolucionario”. Pero como el PRD ya no es de izquierda y López Obrador ya no es del PRI, el principio quedó solamente en eso: principio. Qué le vamos a hacer: junto con los valores, también se pierden los adjetivos. Qué tiempos sin calificativos, los nuestros.

Todo lo cual me lleva a tocar, al final, la cuestión más delicada, la que realmente importa: ¿deben nuestros más altos poetas difuntos prestar sus nombres no sólo a la prosa vanidosa y pingosa del GDF —que es lo de menos—

sino a los más altos puentes (sobre tierra, no sobre agua) de cualquier ciudad del planeta? Yo sinceramente creo que no. Opino más bien que se trata de un gesto tan vago y vacío como puerilmente demagógico. Como si la municipalidad, al honrar a sus poetas, se honrara ante todo a sí misma en tanto que ciudad ilustrada, cuando todos sabemos que es poquísimos el dinero que destina en su presupuesto a la cultura.

Por favor, imaginen ustedes las noticias venideras. “Cientos de turistas extranjeros atascan la Avenida de los Poetas y son asaltados” podría ser una. Y luego las siguientes: “Ebrio irresponsable cayó a su muerte desde Carlos Pellicer”, “Paro de colectivos congestiona Octavio Paz” y la peor: “Se bajó del coche y se quitó la vida desde Jaime Sabines”.

¿Le podemos hacer esto a los poetas?

Es por eso por lo que yo me permito exhortar a todos los poetas mexicanos a que agreguen en sus testamentos, con letra púrpura, una cláusula que rece más o menos así: “Cuando las autoridades, los empresarios que apuestan por México y la sociedad unida decidan adjudicar mi nombre a algún lugar de la ciudad, sólo se le podrá imponer a un parque agradable, a una plaza bonita, a una callecita encantadora o, de ser posible, al Zócalo de la ciudad.”

A los poetas, cuando están en vida, se les encuentra sentados en los cafés y las cantinas y las plazas, o acostados en las recámaras y los parques. Y cuando están muertos y uno quiere encontrarlos, uno ciertamente *no* los evoca o invoca en una serie de puentes gigantes sólo para vehículos, sino en algún puente hermoso y lleno de recuerdos —propios y ajenos— donde a uno lo besó o abandonó un gran amor, o sucedió alguna otra cosa sin nombre.

(Quizá el GDF debió bautizar este trío de utilísimos y admirables puentes con la palabra que más repite el señor López Obrador: “El Innombrable.” Poéticamente, habría sido precioso.) —

— HÉCTOR MANJARREZ

ANTOLOGÍAS

The Paris Review es una fiesta

“No está nada mal cumplir cincuenta años junto al descubrimiento del ADN y la galletita marca Oreó”, sonrió George Plimpton el año pasado durante los festejos por el medio siglo de *The Paris Review*. El neoperiodista, novelista, habitual *cameo* (apareció tanto en *Lawrence de Arabia* como en un episodio de *Los Simpson*), alguna vez pitcher de beisbol, golfista curtido, biógrafo oral de Edie Sedgwick y Truman Capote e insuperable relaciones públicas, Plimpton —uno de los miembros fundadores y bohemios en la Ciudad Luz, junto a William Styron y Peter Matthiessen entre otros, de esta ya legendaria publicación trimestral con un tiraje de diez mil ejemplares, a menudo en problemas financieros y rescatada del cierre por un hijo del Aga Kahn— murió poco después. Murió mientras dormía en el piso alto de la misma casa donde se edita la revista, con la tinta todavía fresca en el sustancioso contrato de su muy esperada autobiografía, pero habiendo dejado a punto un contundente volumen celebratorio donde se destilan cinco décadas de esta revista con formato de libro que suele recibir veinte mil manuscritos originales al año con ganas de salir del cajón de los inéditos. Cuatro editoriales lucharon a brazo partido y cheque entero por el monstruo de más de setecientas páginas y finalmente se lo quedó Picador. El libro salió a la venta el año pasado con un título tan largo como apropiado. Aquí viene, tomen aire, lean: *The Paris Review Book of Heartbreak, Madness, Sex, Love, Betrayal, Outsiders, Intoxication, War, Whimsy, Horrors, God, Death, Dinner, Baseball, Travels, the Art of Writing, and Everything Else in the World Since 1953*. Y aquí lo tengo, desde hace meses junto a mi cama. Inagotable y perfecto para consumir en dosis homeopáticas. Un libro que es lo más parecido a la portada de *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*. Están todos los que tienen que estar



Plimpton, el coleccionista.

—vivos y muertos e inmortales—, representados en relatos, poemas y fragmentos cuasi aforísticos de entrevistas: Faulkner, Nabokov, Hemingway, Auden, Borges, Cheever, Capote, Mailer, Márquez, Munro, Roth, Irving, Paley, Pinter, Naipaul, Updike, Erdrich, Franzen, Levi, Sontag, Lethem, Moody, McEwan. Y claro que alguien extrañará a alguien. Pero ésa es la función secreta de las antologías: generar oscuros dobles fondos, luminosa antimateria, nuevas antologías fantasmas donde se reúnen los que faltaron a la cita y los que no fueron invitados.

Pasar revista

Y lo cierto es que la aparición de la británica *Granta* (cuyo frente y perfil le debe más de un rasgo a la criatura de Plimpton & Co.) y la súbita y revolucionaria apertura de *The New Yorker* en los noventa, o la pirotecnia formal y juvenil de la reciente *McSweeney's*, deben de haber perjudicado y robado lectores a *The Paris Review*, que en cualquier caso continuó imperturbable con su perfil alternativo y al mismo tiempo conservador. Porque *The Paris Review* ya era diferente en los cincuenta, cuando inició las profundas y reveladoras entrevistas a

escritores, el primero de ellos E.M. Forster. Plimpton fue recogiendo en más de veinte volúmenes de la serie "Writers at Work: The Paris Review Interviews". Y —por mucho que en más de una ocasión uno sospeche que lo que allí se confía son, también, ficciones— estas respuestas a aquellas preguntas acaban configurando una suerte de Gran Novela y mapa del universo que funciona como manual de instrucciones a la vez que como modelo para desarmar. El mismo Plimpton comprendió esto, volvió a todas ellas en 1999, seleccionó las mejores contestaciones de todas las entrevistas, las dividió en secciones temáticas —"Por qué escribo", "Sobre el sexo", "Sobre los editores", "Sobre los hábitos de trabajo", "Sobre los críticos", "Sobre el diálogo", "Sobre el bloqueo del escritor", "Sobre el humor", "Sobre el cine y el teatro", "Sobre los colegas", "Sobre los estimulantes artificiales", "Sobre los premios", "Sobre el futuro" y muchos "sobres" más— y editó todo el asunto en la *Modern Library* bajo otro título exhaustivo y cierto: *The Writer's Chapbook: A Compendium of Fact, Opinion, Wit, and Advice from the Twentieth Century Preeminent Writers Edited from The Paris Review Interviews and with an Introduction by George Plimpton*.

Como bien pudo haberle dicho Rick a Ilsa en *Casablanca*: "Siempre tendremos *The Paris Review*."

El tiempo ganado

"Escribo para soportar el paso del tiempo", dice Jorge Luis Borges en su entrevista con *The Paris Review*. Y —luego del éxito de ventas de la ya mencionada antología cincuentenaria, por la que a nadie le importó demasiado desembolsar los treinta dólares del precio de portada y de la que muchos más celebran por estos días su encarnación *paperback* el próximo septiembre— la fiesta continúa. Para seguir honrando la memoria del héroe fallecido llega ahora una secuela de *The Paris Review Book of...* Portadas blandas, más económica (quince dólares) pero igualmente imprescindible y —en memoria de Plimpton— otro título largo e ingenioso: *The*

Paris Review Book for Planes, Trains, Elevators, and Waiting Rooms. Sí: las 386 páginas del material que compone el libro están ordenadas siguiendo criterios e intensidades espaciotemporales que complacerían a Borges. Son poemas y relatos cuya lectura se recomienda para viajes por tierra y aire y para esos desplazamientos casi sedentarios —verticales y horizontales— que son los ascensores y las salas de espera. Por supuesto —por suerte— repiten autores de la primera antología y resulta bienvenido el reencuentro con clásicos de la revista —como "El ladrón de palacio" de Ethan Canin (para la sala de espera), "Asilo Beverly" de Denis Johnson y "Epstein" de Philip Roth (ambos para el avión), "¿Por qué no bailas?" de Raymond Carver (para el tren); pero también gratifican verdaderos descubrimientos como los poemas "Sobre cumplir diez años" de Billy Collins y "Por qué llueve tanto en las películas" de Lawrence Raab (los dos, claro, para volver trascendente la breve incurrencia de un ascensor).

Todo esto y mucho más está potenciado por, a falta de Plimpton, una inteligente introducción de Richard Powers —acaso el más inteligente joven escritor estadounidense en actividad— donde se reflexiona sobre la duración de un determinado texto, sobre la distorsión que experimentan minutos y horas cuando entramos a un libro, y sobre ese tan raro y tan exquisito y tan evolucionado placer que es la relectura. Powers concluye: "La lectura es el último comportamiento íntimo y secreto que no es patológico o al que se pueda acusar de algún crimen. Es, seguro, el último refugio para huir de la epidemia del tiempo real. Leemos para escapar —no más sea por un instante— de la trampa del tiempo real, y para regresar y reconocer —no más sea por un instante, también— la naturaleza del tiempo en el que vivimos atrapados. Es durante ese instante que el tiempo ya no fluye sino que se limita a ser. Alcanzas la última oración y levantas la vista: Humbert Humbert está sentado frente a ti en tu mismo vagón. Charles Bovary sufre a tu lado en la sala de espera de un hospital. La Belle Da-

me Sans Merci te mira de reojo mientras se abren las puertas y tú presionas el botón de tu piso en el ascensor."

Y, de acuerdo, vivimos en una era donde todo es antologable y donde proliferan los volúmenes que reúnen —con más o menos gracia: Haruki Murakami armó, meses atrás, su cumpleaños *Birthday Stories*— textos dispersos con las coartadas más insospechadas. Los libros que se comentan aquí —creados a partir de una revista con forma de libro— se cuentan entre los mejores.

Una revista a la que, en toda su vida, George Plimpton sólo vio una vez en el acto de ser comprada por alguien. Fue en París, en 1954, en el quiosco del Hotel Ritz, recordó Plimpton. El que compraba *The Paris Review* era Ernest Hemingway.

Y Plimpton se acercó para preguntarle si podía entrevistarle para esa revista.

Y Hemingway —tal vez masticando una Oreó— le respondió que sí. —

— RODRIGO FRESÁN

LITERATURA

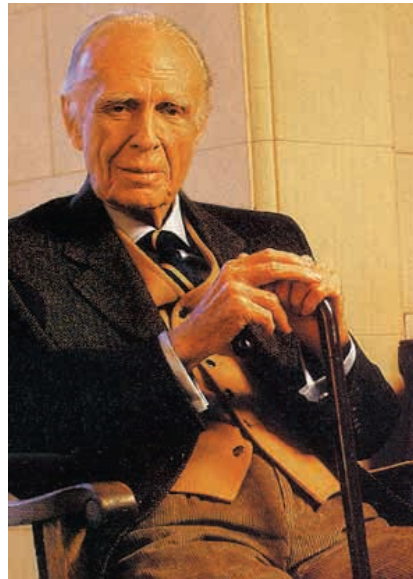
Noventa años de Adolfo Bioy Casares

El siglo xx —en acuerdo con su curso vehemente— se fue dando a portazos. Recordemos, por ejemplo, en el dominio de las letras, de nuestras letras, las iberoamericanas, tanto en su vertiente peninsular como en la continental, que los sobresaltos se encadenaron con ánimo liquidador, de ciclo que se clausura sin atenuantes. En tal secuencia derogadora, Adolfo Bioy Casares, que justo ahora celebraría su nonagésimo aniversario, murió hace cuatro años, y con él se marchó el último gran representante de un grupo, el que se constituyó en torno a la revista *Sur*, que enaltecía la literatura argentina y dejó en ella una marca permanente. Uno a uno, Victoria Ocampo, José Bianco, Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo, Alberto Girri, y el más joven Enrique Pezzoni, desaparecieron en el

tramo final de la centuria y provocaron un brusco vacío trabajoso de recomponer.

Fundadores de un gusto, artesanos mayores del oficio literario, figuras voluntariamente situadas en el cruce de una tradición nacional y universal que establece entre las partes un diálogo de iguales, sin complejos, personas humanas encantadoras, todos ellos, y cada uno a su manera, contribuyeron a forjar, en un país de terca trayectoria quebradiza, un clima intelectual insólito, rarísimo en sus atributos y en sus entregas. Hijos de una Argentina que, en su desarrollo histórico, se mostraría alternativamente paternalista y despótica, avanzada y retrógrada, provinciana y cosmopolita, siempre a caballo —los iconos no perecen— de la civilización y la barbarie, ese puñado de escritores profesó, en su fuero interior, una efectiva emoción nacional, y en buena parte de sus piezas se siente que toca, de ésta o de aquella forma, el corazón de un país. Tuvieron la perspicacia y el valor suficientes como para escenificar una peculiaridad nativa recurrente: la de representar el magma creador empinado, de alcances muy ambiciosos y de ironía incombustible, en un marco ideológico y político predispuesto a topar, puntual, con la ruina y la catástrofe.

A veces, como en la etapa de consolidación de su proyecto, la que se extiende entre 1935 y 1940, se beneficiaron de un clima (económico, político) propicio para desarrollar su tarea; a veces, como en la época peronista, la de 1946 a 1955, padecieron sinsabores y hasta notorias represalias; y más tarde, de 1956 en adelante, atravesaron momentos esperanzados y sombríos, tan sombríos como una dictadura militar que llegó a provocar una guerra insensata. Lo notable fue que el programa estético de tal grupo rebulló terco, aupado en el vuelo de una enérgica teoría del talento creador y en el hábito feliz de todo decirlo con elegancia y denuedo. Y, a través de él, del programa, se tejió el hilo de oro de las letras argentinas. De Julio Cortázar a Bioy Casares, pasando por los números de *Sur* y las novelas y crónicas de



Bioy Casares: donaire de caballero.

Bianco, hasta el ingreso de Borges en la inmortalidad (“borgesiano”), se construyó un mundo fosforescente paralelo a un mundo prosaico, un mundo rico de resonancias fantásticas y de persuasiones sensibles que minuciosamente dinamitan el mundo real; un mundo en el que los pasos de la inteligencia revelan, porfiados y bienhechores, un sentimiento generoso; un mundo en el que la realidad —la fantasmagoría de la realidad— se encuentra con la competencia intuitiva y con la pasión. Ellos fueron, esos escritores, con sus individualidades vigorosas, ajenas (por hastío y también por desinterés) a los vaivenes de la vocación política, quienes vislumbraron un subsuelo inquietante, de raíz perversa, y de expresión moral ambigua, en el tejido de una Argentina errática, cíclica en sus desplazamientos hacia la condena o la resurrección. Ellos también fueron (y con ellos gente como Enrique Molina y Olga Orozco, para nombrar a unos pocos más) quienes dibujaron, en esos contextos adversos de crisis endémicas, un fondo de convicción afectiva y de sentimiento de pertenencia a los que poder asirse. Tenía razón Pound: los artistas son las antenas de la tribu.

II

Mi última imagen de Bioy Casares es

de unos meses antes de su muerte. Lo fui a visitar, a mediados de 1998, a su departamento de la calle Posadas; me recibió en su cuarto, en el que pasaba, casi postrado, buena parte de sus horas. Desde que se cayera y se quebrara la cadera, tenía dolores permanentes y nunca acabó de recobrar de su golpe. Él, que supo ser un deportista curtido y que adoraba la calle, y que mucho gozara de la sensualidad de la vida, estaba ahora lastimosamente preso. “*On est toujours puni par où l'on a péché.*” Delgadísimo, reseco, el garabato de la cara cruzado por los pliegues de la piel lechosa, imponía —como siempre, más que siempre— por su donaire de caballero carismático, de supérstite de una burguesía de estilo liberal y terco retintín gallardo. Era evidente que se apoyaba en las pocas fuerzas que le quedaban, empecinado y orgulloso, para todavía mostrar arrostos de prestancia. Y, contrariamente a lo que suele ocurrir en la vejez, que obliga a desdecirse de casi todo, él transmitía una fidelidad plácida a una vida de acústica plena, en la que parecían haberse aunado —acaso mediante una congruencia de signo escéptico— persona y personaje, sujeto y máscara.

Acababa de regresar de Punta del Este, el balneario uruguayo, en el que había pasado tres meses continuos después de muchos años de no hacerlo, después —aseguró— de que en 1992 vendiera una casa que tenía allí. Estaba encantado con esas vacaciones que pensaba repetir de ahí en más; de sus mañanas tempranas en la playa, hechas de sosiego y curiosidad, de sus almuerzos en un restaurante que daba al mar (los amigos comunes me habían contado, en Montevideo, que los mozos del lugar lo adoraban por su trato y por sus propinas), de sus paseos en automóvil por la zona vieja, la del faro y las casonas de madera, donde la península se adentra en el océano como una cuña rigurosa. “Ustedes, los uruguayos, y nosotros, los argentinos, somos iguales —aclaró. Pero ustedes son moralmente mejores.” ¿Argumento de circunstancia, dicho al resguardo de una intimidad

crecida a lo largo de los años? ¿Argumento de un testigo incompasivo del modo de ser nacional, el mismo testigo que comparece de manera póstuma en *Descanso de caminantes*? Argumento, en todo caso, que repitió a menudo en nuestros encuentros entre 1985 y 1993, los años de mi radicación bonaerense, y que a mí me dejaba embobado, sin otra capacidad refleja que la vanidad autosatisfecha.

Ante un Bioy como el que tenía delante en aquel día, un Bioy tan transparente y frágil, casi de cristal, de mirada glauca penetrante, mi situación no era propiamente incómoda: era de perplejidad pasiva, de nerviosa búsqueda de temas, de apelación atropellada a una conversación compensatoria.

—No te aflijás —irrumpió, dueño y señor de sus palabras. —*Eso* lo voy a postergar lo más que pueda.

Eso era, por supuesto, la muerte. —

— DANUBIO TORRES FIERRO

POLÍTICA

Si todo fuera misoginia...

Entre las varias historias ridículas de este sexenio ocupará un buen lugar la que ha corrido por cuenta de la esposa del gobernador de Tlaxcala, del gobernador de Tlaxcala y del Partido de la Revolución Democrática. Tal vez el asunto no pasaría de ser un mero sainete provinciano (bajo responsabilidad exclusiva del matrimonio aludido y del partido del que se sirve) si no contara con el antecedente, también grotesco y lamentable, de las ambiciones de la esposa del presidente del país, que puso en aprietos al presidente y al partido del que se ha servido, y de paso al país mismo. Miles y miles de litros de tinta se han gastado en el registro de esta última historia. La señora dice disciplinarse, su partido tiene un respiro, el presidente prepara la vida en el rancho. Entonces cobra más cuerpo y más fuerza la precandidatura de la esposa del gobernador de Tlaxcala. Nadie como ella para ganar. *Qué* importa

que su partido haya descalificado las aspiraciones de la esposa del presidente. Viéndolo bien, y sin prejuicios, de lo que se perderían los inocentes tlaxcaltecas. No es que la esposa del gobernador aproveche todo el aparato del poder (se dice así) que ejerce su marido para fortalecer sus expectativas, sino que quién si no ella habrá podido ver y vivir y sentir los verdaderos anhelos y necesidades y lo que sigue de su población. El matrimonio no ha servido para crear ventajas ilegítimas sino para dar una perspectiva mejor.

Presurosa, la esposa del presidente ha expresado su apoyo a la ahora candidata del Partido de la Revolución Democrática al gobierno de Tlaxcala. En su sonrisa de satisfacción no será imposible ver un gesto oscuro que diría “Ya ves: te lo dije”. ¿Por qué una destacada integrante del Partido Acción Nacional manifiesta abiertamente su entusiasmo y su apoyo a la candidata de otro partido que de seguro se opondrá a un candidato del suyo? Se necesitaría ignorar totalmente la lógica para no saberlo: porque esa candidatura representa en sí misma un triunfo de las mujeres ante la cerrazón de los hombres. En el Partido de la Revolución Democrática, mientras tanto, vieron o supieron simular que vieron justamente el problema: el poder no ha de multiplicarse en la casa de gobierno. Intentar la operación contradice todo espíritu democrático. Pero terminó cediendo. La cosa revelaría al menos falta de lo que los políticos llaman “cuadros” de mínimo jalón. Al plegarse al empecinamiento de la esposa del gobernador, el Partido de la Revolución Democrática acude como pobretón a los recursos más baratos del pragmatismo. La candidata tiene mejores posibilidades que cualquier otro, luego es conveniente apoyarla aun en contra de las ideas que, con razón, se emplearon para censurar las tentativas de la esposa del presidente.

Lo seguro es que la culpa no es de los tlaxcaltecas, ni de ningún mexicano. A la escasez de ideas y el exceso de ambiciones delante del río revuelto

de la tierna democracia mexicana se añade el discurso tramposón, que finge ser rebelde y quiere ser efectivamente sensiblero al situar en los titulares de los diarios un vocablo de rara circulación previa: misoginia. Por esta rendija se coló la esposa del gobernador y por ella quiere filtrarse, faltaba más, la esposa del gobernador de Nayarit, un empresario metido en cosas políticas trepado en la extraña alianza de Acción Nacional y el Partido de la Revolución Democrática. Gane quien gane (y será difícil perder desde el palacio de gobierno, como bien se sabe en el país), lo cierto es que el triunfo de cualquiera de estas políticas no sería democrático y en tal sentido no beneficiaría más que a unas cuantas parejas. Y uno se queda con la impresión de que la misoginia, o como antes se decía: los modos del machismo, es suscrita poco o nada en este caso y de que lo que ocurre es que los políticos, de cualquier sexo, no cesan de generar desconfianza o un franco desdén. ¿Quién creará a estas alturas que los intereses del gobernador de Tlaxcala (“muy respetuoso”, hay que poner aquí) y los de su esposa se concentran en el bien de los tlaxcaltecas y no en el moroso y dilatado disfrute de las delicias del poder transexenal, transexual pero sin falta intransferible?

¿O de veras alguna de estas políticas pensará que hay alguien que no las quiere ver aposentadas en la silla porque no soporta ser gobernado por mujeres? Es curioso que el argumento en favor de la igualdad se enderece enterito hacia la imposición de la desigualdad. Nada distinto ha hecho el Partido Revolucionario Institucional, como sabemos y como sabe bien el gobernador de Tlaxcala, ilustre militante suyo en su momento.

Y mientras se fortalecen alianzas de tipos diversos, las conyugales entre ellas, se abre la distancia entre los electores y los partidos y sus candidatos. Crecen las sombras sobre el país, unas voces se distorsionan, otras, las más, se ocultan. —

— FERNANDO MARTÍN

Gloria Trevi: los elementos del mito

Se llama Gloria de los Ángeles Treviño. Estuvo cinco años en un Cereso de Chihuahua a la espera de ser juzgada. Los mil setecientos días encarcelada no se le notan en el rostro (ahora más bonito que antes) o en el cuerpo (a pesar de dos hijos y del desgaste evidente que ha sufrido). Cada uno de esos días es evidente en su forma de hablar, en su mirada y en la excesiva devoción que demuestra por un dios que tal vez hace tiempo la abandonó.

De nuestras figuras pop, entre las actuales, Gloria Trevi es la única que tiene madera de leyenda. No sólo sus canciones (más allá de “La papa sin cátsup”) tienen un no sé qué de entrañable, interesante y profundo, sino que vibra en ella algo de verdadero talento. Eso, por supuesto, no es suficiente. Otros también lo tienen. Pero ahí entran nuevos factores.

Las soledades de Luis Miguel, los desfiguros de Alejandra Guzmán, las sudorosas cadencias de Juan Gabriel carecen de los elementos que conforman a los auténticos mitos. El goce y el sufrimiento extremo por los que debe transitar un héroe difícilmente se encuentran en ellos. Su historia personal es menos interesante de lo que parece a distancia: sí, fueron adoptados; sí, se sienten tristes o se drogan... ¿y luego? La de la Trevi, por el contrario, es a todas luces excesiva para un humano común.

Gloria Trevi vivirá siempre atada a los supuestos colectivos. No importa ahora que, para la ley mexicana, sea inocente de los delitos que se le imputaban. De la historia de intrigas, amores, sexo grupal, asesinato, violación, estupro, drogas, abuso psicológico y físico, manipulación y violencia, algo queda en ella, algo podemos adivinar.

Naturalmente, Gloria ha negado siempre todos los cargos en su contra. Según se argumentó en las noticias, su inocencia tuvo más que ver con falta de pruebas

que con falta de culpabilidad. En todo caso, poco importa eso ahora, porque Gloria Trevi, Sergio Andrade y todas las chicas implicadas en este escándalo legal y mediático serán ingredientes indisolubles de una fantasía propagada en horario estelar.

Es poco probable que una historia tan compleja, tan llena de torcidos recovecos y tan sabrosa en general, sea falsa. Tal vez ciertos detalles se hayan inventado con afán protagónico, pero no la historia en sí. Ninguna de las chicas tiene pinta de ser una consumada dramaturga. Tampoco parecen muy satisfechas por estar nuevamente en segundo plano, apenas en el coro. En realidad, no han ganado mucho más que algunos minutos de dudosa fama.

Aline, ex mujer de Andrade, destapó con un librito (*La Gloria por el Infierno*) apenas la punta de un iceberg que continuaron descubriendo Wendy, Karla, Karola y, especialmente, Karina Yaport. Tanto Aline como Karina son mujeres muy articuladas y su discurso resulta de lo más sensato. La Trevi dice que abusan de una fama que sólo le corresponde a ella para hacer valer sus opiniones. Probablemente tenga algo de razón, pero es innegable que lo que ellas dicen, sus argumentos y sus ejemplos, son mucho más convincentes que los de Gloria. La narración del drama que estas dos jóvenes han hecho ante los medios ha sido estructurada, sólida y difícilmente rebatible, en especial porque demuestran sentir, más que odio o coraje, dolor y piedad por sí mismas y por Gloria Trevi.

El que nunca sale bien parado en todo este cuento, ni siquiera con la mismísima Gloria, es Sergio Andrade. Ese hombre pequeño, casi contrahecho, ahora muy enfermo, es quien tiene la llave de la verdad. Todas sus chicas hablan de él con una extraña mezcla de miedo y respeto, parecida a la que sienten los perros fieles por sus amos. Es como si tampoco él fuera humano, como si hubiera bajado de un bizarro Olimpo.



La Trevi: carne de leyenda.

En entrevista con Adela Micha, transmitida en dos partes, Gloria Trevi dejó entrever una capacidad histriónica que jamás aprovechó en sus películas. No sólo no se dejó embaucar por las ínfulas y pretensiones periodísticas de la conductora, sino que terminó tomando las riendas de la entrevista.

Con un lenguaje muy simple, casi infantil, la Trevi habló de sus propósitos (“No voy a tener dueño. Dios es mi único dueño”), de su versión (“Te lo juro: aunque los viera en la cama, no me imaginaba lo que estaba pasando”), de la verdad (“Si algo me callé, fue para no hacer más daño. Pero ojalá se conociera toda la verdad”) y de la única razón por la que se mantiene en pie (“Dios confió a [sic] que yo no me iba a quebrar”). Incluso cantó un pedazo de “Con los ojos cerrados” (“Cuando me dice que la luna es de queso / si me diera otro beso yo / le creo con los ojos cerrados...”), y lloró y dijo haberlo perdonado todo. La verdad es que parecía un poco ensañada con quienes fueron sus compañeras, parecía no haber olvidado nada y perdonado muy poco, y resultó mucho más cabrona que bonita.

Se llama Gloria de los Ángeles Treviño y, para Adela Micha, ese nombre

debería significar algo. Tal vez tenga razón. Tal vez no signifique que Dios Padre y su corte celeste se inclinen por esta mujer de 36 años. Tal vez quiera decir que Gloria Trevi ha sido tocada por el destino y concentra en su ser la materia suficiente para trascenderse a sí misma y convertirse en leyenda. —

— JULIETA GARCÍA GONZÁLEZ

PAPELERÍA

El lápiz bicolor

Nunca logré entender, bien a bien, para qué se usaban los lápices bicolors. Cuando de niña probaba a escribir algo con uno que vivía en el escritorio de mi padre, siempre me desanimaba su trazo tan pálido que desdecía de aquel exterior tajante, rojo y azul. El lápiz bicolor era hermano de las hermosas libretas de contabilidad con pasta dura, las que aún anidan en las papelerías, y seguramente en ellas gritaban los contadores cifras serenas o ceros alarmistas. Esos lápices siempre me recordaron a la bandera de huelga por su radicalismo; me hacían pensar en una papelería comunista de panfletos a dos tintas en papeles amarillentos, de ideales a gritos, de decisiones extremas: estás con nosotros o con el enemigo, eres rojo o azul (a lo mejor Pedro Miret escribió *Esta noche vienen rojos y azules* con un lápiz bicolor). Como todo lo comunista, este lápiz tenía también su lado eclesiástico, pues el rojo daba a pensar en tentaciones correctoras o bien pecaminosas, y el azul, claro, en el cielo. En suma, un lápiz esencialmente moral. Yo guardo un bicolor muy viejo, que es como el gato de los lápices bicolors a causa de su sofisticación: gordo, a rayas, con ribetes dorados, lo conseguí hace mucho en una papelería del centro. Me gusta mirarlo cuando debo decidir alguna cosa tajante, y no deseo que me avasallen los matices, aquellas tonalidades infinitas y modernas como los plumones fosforescentes, que ya no dejan distinguir el bien del mal. —

— ANA GARCÍA BERGUA

ICONOS

Supermán, el héroe que usaba los calzones encima de las mallas

Hace unas semanas la realidad aventajó de nuevo a la ficción e hizo lo que ningún autor de cómics se había atrevido a hacer: mató a Supermán.

O bueno, a Christopher Reeve. ¿O a Supermán?

Christopher Reeve murió luego de estar nueve años cuadrapléjico. ¿Supermán en silla de ruedas? ¿Cómo separar al actor del personaje? Hablemos del personaje.

Supermán posee la bondad de Jesucristo, tiene más fuerza que la campeona olímpica Soraya Jiménez, cuenta con toda la humildad que no le tocó a María Félix y con la servicialidad con que Baden Powell —fundador de los *boy scouts*— mojaba sus sábanas, además de ostentar la escultural belleza física con la que soñaba Vittorino.

Supermán es el héroe dotado de las capacidades hiperbolizadas del hombre común. Sus poderes son la realización de las limitaciones de nosotros los habitantes al otro lado del cómic. La rapidez, el poder de observación a través de los objetos, la percepción auditiva



Supermán: el héroe niño.

sobrenatural, la construcción corporal indestructible, la inteligencia, la lucha contra el mal en todas sus representaciones, el desafío de la gravedad que le permite volar, la respiración fuera de la atmósfera terrestre son las virtudes que Supermán ofrece al servicio de la justicia.

Algo en su origen diferencia a Supermán del resto de los superhéroes. En palabras de otro personaje, esta vez Bill, de Quentin Tarantino: “Supermán nació siendo Supermán. Cuando se despierta en la mañana es Supermán. Su álter ego es Clark Kent. Su traje con la ‘S’ roja es la ropa con la que lo encuentran los Kent, ésa es su ropa. Lo que Kent usa, los lentes, el traje, ése es el disfraz. Clark Kent es el modo en que Supermán nos mira. Y ¿cuáles son las características de Clark Kent? Es débil, inseguro, es un cobarde. Clark Kent es la crítica que hace Supermán de la humanidad.”

En su llegada a la tierra, no se trata de ninguna coincidencia que el vehículo que lo transportaba desde el planeta Kriptón se haya estrellado justamente en Kansas; es decir, pudo haber caído en Pachuca, o en Lima, sin embargo fue un viaje directo desde los confines del universo al centro de Estados Unidos. Tampoco es casualidad que haya nacido en el periodo de entreguerras; recordemos las líneas que dan inicio a la primera película de Supermán, estrenada en el 78: “En la década de los años treinta, hasta la gran ciudad de Metrópolis sufrió los estragos de la depresión mundial. En una época de miedo y confusión, el trabajo de informar al público era responsabilidad del *Daily Planet*, cuya reputación por la claridad y la veracidad se había convertido en un símbolo de esperanza para Metrópolis.” Éste es el marco de ficción con el que cuenta el espectador para establecer una relación de verosimilitud con las hazañas del héroe. No hay que olvidar que el papel que representa el periódico es protagónico, pues es donde Supermán recibe su nombre y también la vía por la que Lex Luthor, el adversario, conoce los puntos débiles

del héroe. La carga de una sociedad necesitada de un salvador es el génesis de Supermán. Así como el infierno es el espacio en donde se representan los males de la condición humana, el bien necesita una pantalla donde se puedan proyectar las aspiraciones y los deseos de una comunidad particular.

Supermán es uno de los protagonistas de la cultura popular, el punto donde convergen los anhelos de una época.

Y en Christopher Reeve se proyectaban otro tipo de anhelos: los del chico guapo, famoso y millonario, y además tan bueno como para dudar de su perfección.

Existe toda una generación que creció tarareando el tema de John Williams al mismo tiempo que brincaba desde la cima del clóset con esperanzas de volar, o tratando de convencer a su madre de que le permitiera salir a la escuela con la pijama de Supermán, o jugando con los monos de plástico a la hora del recreo.

¿Pues cómo no iba a tener tantos fans? Si estamos hablando del superhéroe que salvaba hasta al gato Frisky, trepado en la copa de un árbol; el mismo que giraba alrededor del mundo alterando el curso cronológico de la causalidad.

Sin embargo, al paso del tiempo, esa misma generación poco a poco fue haciéndose preguntas que desmitificaban al héroe: ¿Por qué Supermán era tan bueno, tan ñoño? ¿Cómo era posible que Darth Vader (o bueno, el actor David Prowse, pero en esas confusiones andamos) entrenara a Supermán (Christopher Reeve) en su propio gimnasio? ¿Por qué nunca llevó a Louis Lane metafóricamente a las nubes? ¿Por qué si Supermán era tan inteligente usaba los calzones encima de las mallas?

Aún recuerdo el día que escuché la nota que anunciaba la cuadruplejía de Reeve. Somos la misma generación que vio volar a Supermán, la misma que lo vio morir. ¿Será que finalmente

nos hemos hecho adultos?

Se podría separar, como es evidente, al personaje de Supermán de entre la labor actuarial de Reeve, pero, lejos de los planteamientos sobre la representación que los dividen, hay quienes pueden toparse en un centro comercial con el antagonista de una serie televisiva y escupirle recriminándole su maldad. El traslape de la ficción a la vida cotidiana es una de las licencias que uno tiene como espectador.

La muerte de nuestro Supermán ha traído consigo repercusiones en varios niveles: seguidores devastados, la feroz culpa del compositor del tema "Adiós Supermán, bye, bye, bye, bye", y una incipiente angustia en George W. Bush, quien se negó a la experimentación con células madre. Y sobre todo conclusiones acerca de la inutilidad de hacer el bien, pues Lex Luthor (Gene Hackman) está completamente sano y hasta acaba de estrenar una película. —

— BRENDA LOZANO

LETRAS
LIBRES

suscríbese

Teléfonos: 55 54 88 10, 55 54 87 97

Fax: 56 58 00 74

e-mail: www.letraslibres.com